

# CONTRALUCES

Leoncio Robles



Ediciones Baile del Sol



Apdo. Correos, 133. 38280 Tegueste. Tenerife. ISLAS CANARIAS  
<http://www.bailedelsol.org> - E-Mail: [bailesol@idecnet.com](mailto:bailesol@idecnet.com)

*No parece improbable que, algún día, aparezca un tipo de vida en el que el más pequeño detalle personal posea un interés público y en el que lo público constituya un asunto personal de cada uno.*

Odysseas Elytis

*Ahondar en el propio corazón es ahondar en el corazón de todos los seres humanos.*

Soren Kierkegaard



## SE ESTÁ HACIENDO TARDE

La camioneta se detuvo con bruscas convulsiones y el motor se apagó. «Mierda», dijiste para tus adentros, mientras dos hombres te ayudaban a bajar y te dejaban sobre un tronco al borde de la carretera. Sobre la mochila extendiste la pierna y te percastaste de que el vendaje se había cubierto de polvo, pero no te preocupó. Lo que te preocupaba era quedarte tirado en la carretera. El chofer estaba metido debajo de la camioneta con una llave inglesa en la mano, mientras un pasajero que dijo saber de mecánica se puso a revisar comedidamente el motor. Tu vista se perdía al contemplar hacia arriba los murallones de la montaña envueltos por la niebla. El viento levantaba polvillo a ras del suelo, y el tronco donde te hallabas y las hojas de los arbustos al borde de la carretera estaban cubiertos de ese polvillo blanco. Unas cruces sobre montoncitos de guijarros con nombres y fechas escritas en ellas informaban que en ese lugar se había producido una tragedia. Miraste entonces hacia abajo y viste el esqueleto oxidado de un ómnibus en el fondo del abismo. Un escalofrío te recorrió el espinazo al imaginarlo desintegrándose mientras caía hacia el fondo del precipicio.

—¡El puta me puso un repuesto inservible!

La imprecación del chofer te rescató del fúnebre pensamiento. Se ponía de pie en ese momento y miraba la ennegrecida pieza con perplejidad, mostrándola con dolor a todos los pasajeros. Esgrimió la llave inglesa e hizo el simulacro de descargar un golpe sobre el mecánico que le había estafado. «Putesumadre...», mascullaste. ¿Por qué no previno el engaño en lugar de haberlos tenido rogándole

toda la mañana para que dejara a un lado la absurda condición que puso para transportarlos? Tu condición de herido era utilizada por los demás pasajeros para reprocharle su estupidez. Hasta aquel momento te habías mostrado distante y apenas si habías cruzado palabra con los demás pasajeros en las horas que estuvieron suplicando al chofer en Cangallo y durante el tiempo que duró el viaje hasta aquí. Por toda respuesta a los reproches dijo con altanería que mejor harían todos en ir preparándose para resguardarse del frío de la noche, ya que él no creía en la lotería. En un día como hoy por aquí no iba a pasar nada que se pareciese a un vehículo de cuatro ruedas. Dicho lo cual se restregó en los matojos las manos embaurnadas de lubricante, y luego guardó la caja de herramientas.

Te arropaste con tu casaca y trataste de alejar los temores de que las cosas fueran a empeorar aún más. «Llegaré tarde...», te dijiste, pensando en la segunda dosis de antibiótico. Dentro de poco empezaría a caer la noche.

Habías llegado a Cangallo esa mañana con el fin de buscar medicinas.

—El médico que tenemos no está —dijo el boticario—. No se descuide. Le voy a dar un antibiótico pero no es el que necesita. Debió haberse puesto también vacuna antitetánica.

No ibas a poder volver a la comunidad. Había además presencia policial en la calle y eso lo cambiaba todo. Rompiste el silencio:

—¿Va a haber desfile acá? He visto policías armados.

El boticario te miró extrañado, y no disimuló la confusión que la pregunta le había causado.

—No sé —respondió después de un rato—. ¿Le interesa saber eso?

—Una tropa policial es para cuando hay algo importante —repusiste.

—Sí —corroboró el boticario.

Si el forastero lo decía... Sin duda Cangallo gozaba de una importancia que él desconocía.

—Han llegado en jeeps —continuó—. Pero el grueso de la tropa siguió de largo a la pampa. Bien pertrechados —añadió, sosteniendo con las manos una imaginaria arma de fuego.

—¿A dónde han ido?

—No sé. Debe tratarse de algo serio porque no creo que sea para perseguir abigeos nomás. Pero eso se sabrá después. Acá uno se entera de todo.

—No podrán ir muy adentro.

—Ah, no pues —sonrió el boticario—. No hay carretera. Pero cambiarán por caballos.

La toma de tierras que habían llevado a cabo los comuneros de San Esteban no iba a quedar como un hecho consumado, es lo que temías y deseaste que la tropa no llegara a chocar con ellos. Eran fuerzas con una diferencia abismal. Pensaste en la tierra sembrada de cebada y en el centenar de campesinos acampados allí. No volverías. La herida lucía mal, había sido demasiado el esfuerzo hecho durante la caminata por el camino de herradura. Y pensaste en el chiquillo que te acompañó, que estaría ahora junto a los demás miembros de su comunidad. Imágenes que parecían remotas en el tiempo y sin embargo habían tenido lugar apenas ayer. Estabas en un camino polvoriento otra vez, caminos trajinados desde hace siglos por gentes que la historia olvidó.

También el libro que te trajo a estas tierras hablaba de historias de otro tiempo. Un libro que revelaba que los morochucos eran descendientes de los almagristas. Almagristas y pizarristas, facciones que se disputaron a dentelladas el botín de la Conquista. Personajes de siglos atrás, vivos tan sólo en los libros de historia de este país. ¿En qué lugar del mapa estaba Chupas? ¿En la pampa de Cangallo? ¿Conservaba todavía ese nombre? Tras su derrota en la batalla de Chupas, muchos almagristas se replegaron a esta pampa. Y sus descendientes se podían reconocer aún hoy entre los habitantes de la pampa de Cangallo. Eso decía el libro. Y tú quisiste verlo de cerca, y armado de una cámara fotográfica trepaste a un ómnibus en Lima que te llevaría con destino a Ayacucho. Y de Ayacucho viajaste en camión a la pampa de Cangallo, dispuesto a recorrer cualquier distancia que hiciera falta para encontrar a los morochucos, feliz de disponer de toda una semana para ello. Recorriste alejados caseríos preguntando a paisanos que te miraban extrañados al oír la palabra morochuco. No encontraste más que vagos signos de aquellos eximios caballistas de la pampa, y te diste cuenta de que en todo caso haría falta mucho más tiempo del que disponías.

Te aprestabas a regresar cuando llegaste vagabundeando a la comunidad campesina de San Esteban. El trato acogedor que recibiste allí por parte de los comuneros hizo que te interesaras por sus costumbres y la clase de vida que llevaban. Te informaron que los morochucos no existían como tales, acaso algunos miembros de la comunidad de San Esteban y otras de tierra adentro eran en todo caso su diluida descendencia, pues pudiste ver que hombres y mujeres tenían la piel blanca, cabello castaño y ojos claros.

Al mismo tiempo percibiste en la comunidad un trasiego nervioso, una especial excitación en la asamblea a la que te permitieron asistir. Entonces preguntaste a los dirigentes si autorizaban a quedarte hasta el día siguiente. Pero quisieron saber sin preguntas directas por qué habías venido solo y sin saber con exactitud a quién buscabas en estas tierras. La realidad, explicaste, era que te habías quedado sin objetivos después de descartar la búsqueda de los morochucos y andabas sin un rumbo determinado en la pampa. Pero te irías al día siguiente a Cangallo, luego a Ayacucho, y después a Lima.

Preparaban una marcha que implicaría a la comunidad entera. ¿A dónde? Hablaron de toma de tierras en la asamblea. Invasión de tierras: era algo que desvaídamente conocías por los periódicos y tu interés no había pasado más allá de los titulares: eran cosas que ocurrían en la sierra, lejos del ambiente en que discurría tu vida. Descubrías sin buscarlo el lugar donde tenían lugar aquellos hechos, y recordaste que encuentros entre campesinos y fuerzas policiales eran a veces relatados como sucesos sangrientos. Noticias no obstante desplazadas de la actualidad por otras al día siguiente. La búsqueda de morochucos se trocó de pronto en algo nada etéreo. La tensión saludable y vivificante que sentiste determinaría la decisión de quedarte, atraído por aquel nebuloso conflicto entre comunidades campesinas y cooperativistas, aunque desconocías la verdad de fondo que estaba en juego.

Pero un incidente nimio llega a tener tal peso en un momento dado en la vida de una persona que llega a ser decisivo en los planes más firmemente diseñados. Era una reflexión que siempre tenías presente como algo teórico. Pero ocurría. En el primer día en la comunidad trastabillaste en el suelo sembrado de leña recién corta-

da junto a la pila de agua a donde habías ido para asearte. Una heridita apenas perceptible en la planta del pie. La olvidaste enseguida y te puse a trabajar durante lo que quedaba del día. Una manera voraz de hacer retratos de mujeres, hombres y niños, o de cualquier motivo que atraía tu atención. Se estableció una relajada relación de amistad con los comuneros. Un ambiente para sentirse bien e identificarse en lo posible con su modo de vida. Acudían todos para hacerse una foto entre risas. Un anciano que en el pasado había sido autoridad vino para hacerse un retrato, y en actitud militar posó bastón de *varayoc* en mano. Un *varayoc* que se había fabricado él con incrustaciones de latón en lugar de plata. Y por supuesto carecía de mando en la realidad. Posó como si estuviera frente al pelotón de fusilamiento, y al verlo de esa guisa te contagiaste de las carcajadas que soltaron los adolescentes que miraban la escena de adusta dignidad del anciano, de pie contra la desconchada pared de la casa comunal.

La herida empezaba a molestar cada vez más y el dolor te hacía cojear. Al llegar la noche te advirtieron que te llamarían cuando fuera la hora en que se emprendería la marcha. Te acostaste en un rincón del local comunal donde los ratones saltaron toda la noche por encima de tu cabeza intentando alcanzar la mochila colgada del techo donde guardabas galletas de soda.

Alrededor de las dos de la madrugada la comunidad entera emprendió la marcha. Una madrugada saeteada por el cierzo y atravesada por contundentes gritos de ánimo muy breves, como si estuvieran ahorrando energías para más adelante. Los dirigentes advirtieron de la probabilidad de un encuentro con los matones traídos por los cooperativistas. La marcha avanzó hacia la pampa como una correntada abrupta. Dejaste que pasara y te colocaste al final. Al asomar las luces del alba apareció tras una colina el grupo de matones de los cooperativistas. Al avistarlo, los que iban a la cabeza se enardecieron y dieron gritos de alarma para enfrentarlo. Enseguida se produjo una refriega. Los comuneros se dispersaron por la pampa en abanico lanzando piedras, como sabiendo de antemano los movimientos que debían realizar. El grupo de matones era pequeño y huyó enseguida. Ocurrió todo en un abrir y cerrar de ojos, demasiado fugaz para que pudieras captar algo con aceptable niti-

dez en la fría temperatura de la madrugada. Aún así eran fotografías que podían adquirir valor periodístico sin que fueras tú periodista.

Haber hecho huir a los emponchados agresores hizo que los comuneros lo celebraran como una victoria. Se reagruparon y la marcha fue retomada. Hombres y mujeres, ancianos y niños se dirigieron hacia las tierras fértiles de la pampa portando arados y toda clase de herramientas de labranza, y también arreando vacas, carneros y cerdos. Los perros alborotaban el campo con sus idas y venidas, y entre el rumor de las pisadas sus ladridos daban a la marcha un aire de júbilo.

Cuando los rayos de sol se insinuaron en la cresta de la cordillera, ya la tierra había sido desbrozada y sembrada la cebada. Los comuneros lo sabían: es el cereal que germina más rápido y su brote en pocos días simbolizaría la recuperación de la tierra puesta a trabajar por ellos. Los dirigentes llamaron a asamblea, y durante toda la mañana escucharon las opiniones, entre ellas las del grupo de ancianos que consultaron a la coca para buscar en las hojas signos que revelaran peligros inmediatos. Las mujeres eran mucho más ardorosas que los hombres, y al tomar la palabra adoptaban un aire bravío. Y durante la asamblea que se celebraba sobre la olorosa tierra removida advertiste que el dolor de la herida se acentuaba, al mismo tiempo que adquiriría una coloración preocupante. Tuviste que tomar una decisión. En el descanso los comuneros se dispersaron por el campo para comer lo que habían traído en pequeños atados: papas, queso, maíz, charqui. El presidente se hizo cargo de tu situación e hizo que aceptaras que un muchacho de la comunidad te ayudara a llegar hasta el camino de herradura y acceder a la carretera hacia Cangallo.

El fuerte sol del mediodía chamuscaba la piel y no había un árbol bajo cuya sombra guarecerse. Las criaturas de pecho dormitaban amodorradas en la espalda de sus madres, a quienes se había asignado la misión de vigilar si aparecían extraños por las colinas que salpicaban la pampa. Alguien del grupo de ancianas había preparado un apósito de hierbas para aplicarte a la herida con un pedazo de trapo a manera de vendaje. Entonces se produjo un incidente. El viejo a quien llamaban Okellonco, se encaró contigo y te llenó de insultos. ¿Por qué estabas allí si no eras campesino? ¿Esa herida

te hacía huir? Seguro que eras amigo de los cooperativistas chupa sangre, esos hijos de Satanás peores que los terratenientes. Otros ancianos reprendieron al viejo por haberse emborrachado en una ocasión que no tenía nada que ver con una fiesta. Al ver que no se calmaba, lo tumbaron al suelo y así lo tuvieron sujetado un buen rato.

Te ibas con la intención de volver después de tener la certeza de atajar la infección con antibióticos. Y para ello habías de ir a Cangallo. El chiquillo te ayudó con la mochila, pero eras incapaz de alterar la exasperante lentitud que imponía la cojera. Un sendero apenas perceptible discurría por el borde de una hondonada. Por allí se accedía al camino de herradura flanqueado de espinos y de pencas y, siguiendo sus caprichosas sinuosidades, hacia el atardecer desembocó en un caserío agazapado en un cerro que semejaba un balcón en medio de un verdor en calma. Allí el muchacho se despidió, tenía miedo de que le cayera la noche en el camino de regreso por una zona que ahora empezaría a cubrirse de peligros.

Al atravesar el caserío vislumbraste un letrero en una de las casas. El Buen Amigo Posada y Restaurante. Con entrañable ortografía anunciaba: charqi, caldo de cavesa, seco de vaca. La puerta era de tres hojas, y la parte superior estaba entreabierta. Llamaste con los nudillos, pero no apareció nadie. Silbaste. El silencio que reinaba dentro te hizo pensar que estaba deshabitada. Tenías dolor en la herida y además necesidad de revisar el vendaje. Decidiste entrar consciente de la temeridad que aquello significaba. Había dentro cosas dispuestas con un orden penumbroso y frío. El polvo cubría las botellas de gaseosa alineadas en las estanterías. Pero eran botellas vacías, y en una pared viste un ajado calendario Bristol lleno de anotaciones. Te sentaste en la única silla arrimada a la mesa.

Por la puerta que había detrás del mostrador apareció un hombre abrigado con bufanda y poncho. Avanzó en la penumbra.

—Buenas tardes, amigo —saludó. Era un anciano.

—Buenas tardes, señor. Perdone que haya entrado de esta manera —te disculpaste.

Se quedó mirándote con ojillos escrutadores.

—¿Se puede comer algo?

El anciano meneó la cabeza negativamente. El letrero que habías leído era sólo un adorno ahora. Clausuró el negocio cuando

los viajeros dejaron de pasar por esta ruta al construirse la carretera de Pampa Cangallo.

Pediste entonces que te dejara pasar allí la noche porque necesitabas descansar para continuar viaje al día siguiente. El hombre hizo una seña con la mano por respuesta. Podías quedarte.

—¿Y dónde podría encontrar algo de comer?

—Acá nada se encuentra, patrón.

Volvió a hacer una señal para que esperaras y desapareció tras la puerta. Cuando reapareció traía un plato de maíz tostado y un trozo de queso. Y al comer te diste cuenta de que tenías mucha hambre.

—¿Tienes remedio para el dolor de espalda? —Preguntó.

Sus penetrantes ojillos brillaron esperanzados durante el tiempo que tardaste en responder que también necesitabas remedios de manera urgente y sólo tenías en el bolsillo unos cuantos mejorales. Te miró comprensivo, y después se puso a explicar con minuciosa precisión la naturaleza de los dolores que lo martirizaban y que achacaba más que al frío a la maldita vejez.

—Viejo es puro inútil —repitió para sí—. Inútil.

Tras esa afirmación permaneció callado. Ambos oían hipnotizados silbar el viento en el techo de paja. Y de pronto anocheció. El frío te mordía el cuerpo entero y tuviste por primera vez miedo de que la herida fuera más grave de lo que pensabas. Había fiebre en esa zona y un molesto latido en la hinchazón. La voz del anciano te rescató de la preocupación, había sacado pellejos de carnero y los dispuso en un rincón mientras te preguntaba qué es lo que hacías por estos lugares. Había pensado al verte que eras uno de esos vacunadores que de vez en cuando aparecían por estos pueblos alborotando a los niños que huyen de miedo. Empezabas a contarle la razón de tu presencia y la forma en que te dañaste el pie, y de pronto te interrumpió para preguntar si querías que trajera tela de araña para cubrir la herida.

A las cinco de la madrugada te despediste. Siguiendo sus indicaciones llegaste con la mañana fresca a la carretera principal. Y en un destartalado camión atravesaste la pampa rumbo a Cangallo. En un momento del trayecto apareció un jinete salido de la nada y galopó en paralelo al camión. El rostro del jinete era el de un adolescente marcado por el sufrimiento que imprimía el deseo de sobrepasar al camión. Se dio por vencido y aflojó el galope.

Después de comprobar que no había antibiótico, abandonaste la botica de Cangallo y te dirigiste a la carretera de salida a Ayacucho. Allí esperarías algún tipo de transporte. Había varias personas en el paradero y todo parecía indicar que llevaban allí muchas horas. Seguían esperando «por si acaso». Te informaron que normalmente era difícil encontrar transporte, y más en días de fiesta. Hacia el mediodía apareció el chofer de la camioneta, el hombre que a unos pasos de ti fumaba ahora contrariado. Y estableció una curiosa condición para partir: que fueran no menos de doce pasajeros.

En varios momentos se llegó a contar con once, pero el chofer no se dejó conmovir por ninguna historia dramática que se le pudo contar. Fueron horas de frustración que derivaron hacia el humor negro, invitando a viajar a cuanto transeúnte pasaba por delante.

Y de ese modo llegó a ser el pasajero número doce el hombre que después diría saber de mecánica. Se detuvo pensativo al escuchar la invitación, y luego prosiguió su camino. Pero volvió sobre sus pasos y dijo que regresaría en unos minutos con su equipaje.

En el silencio de la carretera percibías el ruido de las suelas al deslizarse sobre la gravilla cuando alguno de los pasajeros caminaba. Un sonido que ahondaba tu desolación, temías que fuera demasiado tarde cuando llegaras al hospital. Conforme pasaba el tiempo podías valerte cada vez menos para dar un par de pasos. La niebla enfrió la atmósfera y obligó a ponerse encima todo lo que pudiera servir de abrigo. Una de las campesinas te dio una mantita de lana para cubrirte el pie. Se había hecho tarde para todos. Las voces se fueron apagando engullidas por la impotencia.

Súbitamente, alguien dio alaridos: brillaba abajo la luz de un par de faros, desaparecía y reaparecía cuando entraba o salía de una curva. No, no era uno, sino dos vehículos. El hombre que sabía de mecánica se acercó y dijo que debías alegrarte, las cosas se enderezaban. Iba a echarte una mano, y en Ayacucho si era preciso te acompañaría hasta el hospital. Te alegrabas por fin al oír el todavía lejano ruido de los motores como si se tratase de la música más grata. Ibas a ser rescatado. Las luces de los faros iluminaron los brazos que se agitaban haciendo señas. Se detuvo el vehículo. Era un jeep militar. De la ventanilla asomó la cabeza de un oficial y enfocó a todos los viajeros con una linterna. «Putá madre», te dijiste. «Qué mala suerte». El miedo te nubló.

—¿Qué ha pasado? —Interrogó el oficial.

Solícito, el chofer estaba ya a su lado explicando el problema que tenía la camioneta y la situación especial de uno de los pasajeros. Se refería a ti. «Podías haberme preguntado antes, hijo de mala madre», pensaste, lleno de desánimo. Te pusiste de pie resistiendo el dolor con el único fin de rehusar el auxilio. No tenías inconveniente en seguir esperando como los demás. El oficial enfocó entonces la linterna hacia tu rostro, bajó el chorro de luz y se detuvo en tu pie, y luego en la mochila. Abrió la portezuela y saltó del jeep.

—No hay espacio para nadie —dijo.

Se acercó hacia ti y se puso tan cerca que sólo tú oíste:

—Usted se viene con nosotros.

El segundo jeep se detuvo en ese momento y el sargento que saltó de él se encaminó hacia el jefe.

—El señor viene con nosotros, sargento —ordenó.

Levantó tu mochila y lo sopesó como si intentara calcular su peso.

—El cielo depara sorpresas —dijo.

El sargento regresó con dos guardias que tiritaban de frío. Habías sacado del bolsillo de tu casaca los carretes expuestos, y en la oscuridad los arrojaste entre los matojos. La cámara no tenía película y te resignaste con toda seguridad a perderla.

—Vamos, arriba —dijo el sargento.

—Puedo ir aunque sea en el pescante, jefe. Tengo que ir a comprar un repuesto —rogaba el chofer de la camioneta.

Y siguió suplicando cuando se pusieron en marcha dejando detrás una nube de polvo.

—¿Puede sentarse? —Dijo el sargento.

—Sí, sólo tengo que extender la pierna un poco —respondiste.

La linterna del sargento iluminó un instante a los malencarados guardias que se apretujaban dentro del jeep.

—Arrímense un poco más al fondo, pues —ordenó.

La linterna había arrancado destellos metálicos de las metralletas que portaba cada uno de ellos.

—¿Va bien ahora?

—Sí, gracias.

No pudiste reprimir un quejido a causa del sacudón del vehículo sobre los baches de la carretera. Aquel dolor punzante no podía ser sino de la herida reventada por el esfuerzo.

—¿Qué le pasó? —Interrogó el sargento.

—Una pequeña herida. Se infectó. Voy al hospital por eso.

El silencio que siguió se hizo insoportable. El polvo penetraba por los resquicios de las ventanillas, se apelmazaba en la nariz y en los ojos, y dejaba sabor de tierra en la boca. Uno de los guardias luchaba por encender un cigarrillo haciendo cueva con una de sus manos. Te habría venido bien un cigarrito en tanta tensión.

—¿Van a desfilan? —Preguntaste, agobiado por el silencio.

Alguien de adelante soltó una risa semejante a un eructo. Tal vez fuera el guardia que iba al timón.

—¿A quién chucha le importa eso? —Dijo el sargento con voz aburrida—. Estamos en misión.

Y volvió a instalarse el silencio. Los baches se hacían insufribles. A pesar de todo tenías necesidad de saber si se había producido un choque entre estos policías y los comuneros de San Esteban. Soportabas el dolor, pero no el silencio. De pronto, el sargento continuó:

—Los extremistas están soliviantando indios para que invadan tierras, unas tierras que son ahora del Estado.

—Además nos jodieron las fiestas —acotó furioso el guardia chofer—. Me han jodido el permiso que tenía para irme a Pisco unos días.

—¿Una misión? —Preguntaste.

—Eran cientos. Una mancha increíble, carajo —dijo el sargento, y añadió—. Gran putas indios. Nos tuvimos que regresar a Cangallo, y allí nos dicen que no hay refuerzos, que volvamos de inmediato a Ayacucho.

—Debe ser por las fiestas...

—¡Qué fiestas ni qué carajo! —Graznó el sargento—. No joda. Ahora mismo hay invasiones más grandes, y no solamente en este departamento sino también en otros. En Andahuaylas sobre todo. Nos lo acaba de decir por radio la jefatura.

—Lo que duele es que han elegido las Fiestas Patrias para invadir —se quejó con amargura el guardia chofer—. No respetan ni lo más sagrado.

¿No había habido choque entre los guardias y los comuneros? Pero llegarían refuerzos, y entonces... Querías alejar esos pensamientos. Lo que querías ahora era ganarle la partida a la adversidad. Tratabas de encontrar una posición que te permitiera mitigar el cansancio y la debilidad causada por los esfuerzos y la escasa alimentación de los últimos días. Tuviste la certeza de que el tiempo se detenía, y cada vez se te hacían más imperceptibles las sacudidas del jeep. Tenías reseca la garganta y, extrañamente, la herida había dejado de doler. Te sumergías en la anestésica sensación del abandono; te venían a la mente palabras sueltas e inconexas, la angustia se disolvía en una especie de paz interior. No te hacía falta nada, no echabas de menos a nadie.

Súbitamente, los guardias se incorporaron de sus asientos, percibiste en la oscuridad las siluetas zangoloteadas por el movimiento del vehículo. No comprendías por qué te atacaban. El sargento los apartó y se acercó a ti tanto que te salpicó saliva en el rostro. «¿Pendejito, creías que nos habías engañado?», dijo. Te asestó un golpe de culata en el pie herido, y tu aullido de dolor lo enardeció más. Estaban decididos a todo. Pero no sentías miedo de morir sino de no tener fuerzas para luchar. «¡Aviéntelo ya, mi sargento!», ladró atrás un guardia. Trataban de precipitarte, pero podías resistir y sólo tu pie colgaba lastimándose en la gravilla de la carretera. No podían arrojarte porque te atenazaste ferozmente a la polaca del sargento, que a su vez te golpeaba en las manos tratando de zafarse. Gritabas con todas tus fuerzas. Pero el grito no brotaba. Sentías que no te quedaba aire en los pulmones y que no podrías mantener más aquella lucha.

Una mano te palmeaba en las mejillas con rudeza, y sentiste vergüenza de oírte sollozar.

—Llegamos —dijo el sargento—. La herida le está sangrando de patear tanto. Nos hemos cagado de la risa con su pesadilla.

Asomaste la cabeza y viste una calle iluminada y un portón resguardado por altas rejas. Entre el grupo de sombras que observaban desde la acera reconociste al oficial que daba órdenes a sus hombres.

—Lo van a tratar bien, como en ningún otro sitio —dijo el sargento.

Te conducían en una camilla hacia el edificio enrejado, y atravesaron un portón interior. Un instante después te dejaron en una

habitación sin luz y fuerte olor a retrete. Entonces deseaste que la lucha librada durante la pesadilla no tuviera la misma fiereza en la realidad. En ese instante oíste pasos y una linterna te cegó.

—Usted estuvo en la invasión. Lo sabemos.

Era la voz del oficial. Y con parsimonia, añadió:

—En cuanto nos diga todo lo que sabe, más pronto podrá ir al hospital. Y no se obstine en negarlo o acabará como el muchachito que lo ayudó. Así es que solamente de usted depende que su pie se cure o termine de pudrirse.